

BIBLIOTECA
DE LA LIBERTAD
FORMATO MENOR

ALBERTO BENEGAS LYNCH (H)

MEDITACIONES PARA MEDITAR

Prólogo de Irene Giménez
Co-Fundadora de ISA



Unión Editorial



BIBLIOTECA
DE LA LIBERTAD
FORMATO MENOR

Meditaciones
para meditar

Alberto Benegas Lynch (h)

MEDITACIONES PARA MEDITAR

Prólogo de Irene Giménez
Co-Fundadora de ISA



Unión Editorial



Ediciones
Sociedad Abierta

© 2012 Alberto Benegas Lynch (h)
© 2012 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 91 350 02 28 • Fax: 91 181 22 12
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

© 2012 EDICIONES SOCIEDAD ABIERTA,
un sello del Instituto de Estudios
para una Sociedad Abierta (ISA) de Panamá
Torres Dresdner Bank, Piso 7
Calle 50. Área Bancaria - Panamá
Tel.: 507 302 2862 • Fax: 507 302 2856
www.isapanama.org

ISBN: 978-84-7209-584-7
Depósito Legal: M. 24.391-2012

Compuesto e impreso por: JPM GRAPHIC, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

*A Luis Benegas Lynch,
mi nieto menor (por ahora)*

Prólogo

Que yo sepa, nadie ha formulado hasta ahora una teoría del prólogo. La omisión no debe afligirnos, ya que todos sabemos de qué se trata. El prólogo, en la triste mayoría de los casos, linda con la oratoria de sobremesa o con los panegíricos fúnebres y abunda en hipérbolos irresponsables, que la lectura incrédula acepta como convenciones del género. (...) El prólogo, cuando son propicios los astros, no es una forma subalterna del brindis, es una especie lateral de la crítica.

Cf J.L. BORGES

«Prólogos, con un prólogo de prólogos».

Buenos Aires, 1975: 8

Ha resultado una actividad agradable y un honor, no exento de temeridad, a tenor de lo expuesto por Jorge Luis Borges, escribir el prólogo de una obra escrita por una persona del prestigio universitario y académico como el Dr. Alberto Benegas Lynch (h) del cual he sido afortunada alumna.

Intentaré someramente hacer algunas consideraciones sobre el fin, que en mi opinión, persigue el autor, quien mediante un recurso maravilloso como imaginarnos ante una obra teatral de nueve actos, nos va adentrando sobre avenidas cuyo mantenimiento ha sido descuidado por la mayor parte de quienes las transitamos diariamente.

Desde luego se trata de un libro sencillo y claro, cuyos artículos nos provocan e incitan a re-pensar, a meditar, sobre qué estamos permitiendo de-construir a expensas de nuestras individualidades y nuestro mayor tesoro, nuestra libertad. El texto es un llamado a recuperar los cimientos de una sociedad abierta, tan maravillosamente definida por Karl Popper, quien en su célebre obra *La sociedad abierta y sus enemigos*, publicada en 1945, contrapuso las sociedades cerradas y abiertas de la manera siguiente: «seguiremos llamando sociedad cerrada a la sociedad mágica, tribal o colectivista, y sociedad abierta a aquella en la que los individuos deben adoptar decisiones personales».

Así como el libro de Popper fuera escrito en tiempos de peligro para la democracia, por la fuerza que adquiriría el fascismo, tanto de izquierda como de derecha, estos conceptos y las realidades que vivimos hoy, especialmente en Latinoamérica, vuelven a tomar toda su maligna fuerza; y así como en aquella época, Popper nos advertía sobre los peligros, hoy, a través de las columnas publicadas en el último año en el «Diario de América», el Dr. Benegas Lynch nos vuelve a advertir sobre los mismos peligros y nos invita a meditar sobre los mismos, a partir de su definición sobre qué es ser liberal —el respeto irrestricto por los proyectos de vida de otros— y los desafíos que nos plantea esta sociedad abierta que pensamos habíamos alcanzado.

En cada uno de los actos el autor nos va invitando a la reflexión a partir del avance del Leviatán en forma incontrolable sobre los individuos; así, se exploran Instituciones y circunstancias, en las cuales el avance de la autoridad central sobre el individuo debe enfrentarse antes de que sea demasiado tarde. El Dr. Alberto Benegas Lynch (h) toca estos temas sin ceder en lo más mínimo en su compromiso con la libertad, su carácter individualista; porque es el tipo de personas que sostiene que en el tema de la libertad no deben hacerse concesiones.

Si bien es cierto que algunas de sus opiniones pueden parecer extremistas o incluso irritantes para quienes no las comparten, están fundamentadas en erudición. Lo mejor que puede aportar un intelectual no es difundir sus ideas sino a enseñar a otras personas a pensar y crear sus propias ideas.

Una de las principales características de la personalidad del Dr. Benegas Lynch, es su intransigencia mezclada con una mente muy abierta. Aún a costa de ser considerado impopular y en soledad, desde que lo conocí hace unos 25 años en una de sus clases magistrales en la Universidad de Buenos Aires, siempre lo ví como una persona con una pose majestuosa, pero de lenguaje sencillo y ejemplos claros y contundentes; no habría sido de otra forma que aprendí rápidamente la teoría del valor con el sencillo ejemplo de sentirnos todos sus alumnos habitantes en la Isla de Robinson. Al respecto, sus clases fueron para mí un factor decisivo en mi vida: todas las teorías que sostenía hasta ese momento, dieron un viraje de 180 grados, toda mi vida a partir de ese entonces es pensar siempre que todas las personas basan sus acciones por la simple razón que quieren pasar a un estado mejor al que poseen. Si ello se logra me-

dian­te acuerdos libres y voluntarios, res­petando el proyecto de vida de nuestros seme­jantes, enton­ces tenemos paz.

Claro que sostener esta pre­misa, tan simple y tan profunda a la vez, no atrae muchas sim­patías: no encuentro mejor definición del Dr. Alberto Benegas Lynch (h) sino apoderán­dome de las palabras que alguna vez sostu­viera Friedrich A. von Hayek sobre Ludwig von Mises: «[Mises] tenía el coraje de defender sus convicciones como pocas personas he conocido, un coraje que llegaba al extremo de preferir volverse impopular con sus amigos y colegas. Cuando consideraba algo como correcto persegua­ba su punto de vista con persistencia aunque apareciera como ridículo, enemigo u odiado».

En los artículos compilados en este libro, el Dr. Benegas Lynch se ex­playa sobre diversos temas, desde los Bancos Centrales al Fondo Monetario Internacional (FMI), de la seguridad en los aeropuertos después del 11 de septiembre del 2001, a los olores de París en el siglo XVIII, de África a la India y a Borges, de la psiquis a la fundación de los Estados Unidos y el populismo de Chávez en Venezuela. Avanza sobre temas no exentos de polémica y de abandonos de posturas «políticamente correctas» como respecto a las drogas o a las aventuras sexuales del ex-director del FMI.

Uno de mis artículos preferidos es el titulado «¿Para qué ser libre?» En este maravilloso artículo el autor nos hace reconciliar con nuestra más profunda humanidad, nos recuerda por qué estamos dotados del libre albedrío y nos deja un claro mandato, el por qué debemos estar en permanente vigilancia, ya que nada debemos dar por sentado y mucho menos la libertad, la cual debe ser constantemente vigilada, para no permitir su decadencia y pérdida.

Por algunos momentos la obra permite a los lectores aproximarse a la intimidad del autor, a través de unas pistas sobre sus lecturas preferidas y nos revela la personalidad de quien es más conocido por sus conocimientos en el campo económico, pero a quien personalmente lo defino como un gran humanista, con amplio dominio en varios campos, incluso en los idiomas (su último acto está directamente escrito en inglés), y nuevamente me lleva a Mises, quien sostenía que nadie podía ser un buen economista a menos que estuviese versado en matemática, física y biología, historia y jurisprudencia.

En todos estos artículos aporta una bibliografía sumamente interesante. Y no siente miedo de provocar polémica. Muchos de los temas que trata

esta recopilación de artículos pueden leerse como una continuación de los artículos de entregas anteriores o como continuación de libros, pero el lego los puede leer por separado y seguro le despertará una curiosidad por leer y profundizar en el futuro. Muchos de los grandes autores y libros liberales están profusamente citados, como Adam Smith, los *Federalist Papers*, Tocqueville, Spencer, Mises, Hayek, Popper, Friedman, pero la verdadera joya está en descubrir a autores nuevos y desconocidos.

Como en el cuento de Borges citado *ut supra*, y también mencionado en forma recurrente por el autor, los artículos del Dr. Benegas Lynch sirven para crear una especie de biblioteca mental de «todos los libros» sobre la libertad posibles.

En suma, una valiosa obra contemporánea del Dr. Alberto Benegas Lynch (h), que aporta mucho a la literatura y discusión liberal, que llena de satisfacción a quienes, como la que suscribe este prólogo, cambió radicalmente el curso de su vida la primera vez que asistiera a sus clases y leyera su primer obra, *Fundamentos de Análisis Económico*, hace unos 25 años y hoy orgullosamente cuenta con el honor de prologarlo.

IRENE GIMÉNEZ

Panamá, septiembre-octubre 2011

Se levanta el telón

Meditar es vivir humanamente.

LAO-TSE, circa 500 a.C.

*De hecho, aquellos que valoran la libertad
por los beneficios materiales que ofrece
nunca la han mantenido por mucho tiempo.
[...] El hombre que le pide a la libertad más
que ella misma, ha nacido para ser esclavo.*

ALEXIS DE TOCQUEVILLE, 1856

*La vida es como un río, lástima que hayan
tantos ingenieros hidráulicos.*

MAFALDA

Antes que nada deo constancia de la hospitalidad de Irene Giménez, mi muy destacada ex alumna y co-fundadora del Instituto para el estudio de la Sociedad Abierta (ISA) en Panamá que ahora publica este nuevo libro mío en el que aparecen mis columnas semanales en «Diario de América» de Nueva York que abarcan el lapso de tiempo que va desde enero de 2010 (que es donde termina mi última colección —*Pensando en voz alta*— publicada en Lima, en 2009, por la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas) a septiembre de 2011 con un prolegómeno en el que, dados los temas tratados, incluí cuatro de mis artículos en «La Nación» de Buenos Aires y uno de «Ámbito Financiero» de la misma ciudad, publicados también durante el mismo período, y cierro la colección con un *post scriptum* (que en esta serie denominé «último acto») con dos ensayos en inglés, uno que contiene una crítica al libro más conocido de John Stuart Mill publicado (segundo cuatrimestre de 2011) en la revista académica que dirige Brian Hooper en Estados Unidos y el otro sobre la crisis internacional que presenté en la reunión de la Mont Pelerin Society celebrada en Buenos Aires (abril de 2011).

ISA también publicó la décimo segunda edición de mi *Fundamentos de Análisis Económico* con la que han estudiado miles de universitarios en muy diferentes latitudes (especialmente en la Argentina), obra en la que en su momento aspiré a introducir —principalmente aunque no exclusivamente— la tradición de la Escuela Austriaca en el mundo hispanoparlante, en contraste con las enseñanzas del *mainstream* y otros andamiajes conceptuales y corrientes de pensamiento. Sin duda que ayudó notablemente a la difusión de ese texto el Prólogo que generosamente me escribió el premio Nobel en Economía Friedrich A. Hayek a partir de la sexta edición publicada por la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (EUDEBA) y luego también resultó de indudable apoyo logístico el Prefacio que me inscribió en el mismo libro William E. Simon, ex Secretario del Tesoro del gobierno de Estados Unidos. En esta nueva edición he agregado reflexiones iniciales y, al final, cuatro ensayos: uno sobre *copyrights* publicado por la Academia Nacional de Ciencias en Buenos Aires, otro sobre externalidades publicado en la revista académica chilena *Estudios Públicos*, uno sobre positivismo metodológico publicado en el Instituto de Metodología de las Ciencias Sociales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas argentina y uno sobre la impronta hayekiana en la Academia Nacional de Ciencias Económicas también de mi país.

Hay meditaciones que se consignan sobre las que no vale la pena destinar energías en retenerlas y explorarlas desde diversos ángulos. Abrigo la esperanza que este no sea el caso: que resulten en meditaciones sobre las que valga la pena detenerse a meditar. Según el diccionario, meditar es «reflexionar, considerar detenidamente, pensar cuidadosamente». A esto apunta el presente trabajo que reúne notas periodísticas sobre muy diversos temas pero todos se dirigen a examinar los cimientos de la sociedad abierta (para recurrir a una expresión popperiana y en línea con la entidad que ahora edita este libro). Por esto es que en nuestro epígrafe Lao-Tse conecta la meditación con la condición humana ya que constituye su característica medular, es lo que define el libre albedrío lo cual nos distingue de las otras especies conocidas.

Por su parte, el pensamiento de Tocqueville con que abrimos esta introducción resulta crucial para entender el valor de la libertad como el oxígeno vital de nuestra persona. Es lo que nos define, sin libertad dejamos de ser humanos. No hay tal permuta entre libertad y seguridad: si se renuncia a la libertad también se pierde la seguridad puesto que

cuando el Leviatán se arroga facultades de engullir libertades, está de hecho imponiendo un clima de inseguridad manifiesta. El remate de la libertad por alguna entrega material no hace más que despedazar la parte medular de la dignidad humana y abrir cauces a la pobreza y miseria más degradante. Haríamos las del perrito que le dan de comer a cambio de mover la cola y jugar con el amo.

La libertad en el contexto de las relaciones sociales significa ausencia de coacción por parte de otros hombres. Nada más y nada menos. No resulta legítima la extrapolación de otros campos del conocimiento al de las relaciones sociales: carece de sentido sostener que no se es libre de bajarse de un avión en pleno vuelo, que se es esclavo del cigarrillo, que no se es libre de ingerir arsénico sin padecer las consecuencias, que la pobreza, los accidentes geográficos o meteorológicos restringen la libertad puesto que con ello estamos forzando la aplicación de campos como la biología y la física a lo meramente social o se confunde oportunidad con libertad. Entonces, la libertad en el contexto de las relaciones sociales puede ser más o menos amplia según haya más o menos coacción por parte de otras personas pero siempre se es más humano cuanto mayor sea la dosis de libertad de que se dispone puesto que mayor será la capacidad de decisión al efecto de seguir el camino que en cada caso se estime pertinente dadas las circunstancias imperantes.

Vivimos la era de las estadísticas donde diversos oficialismos intentan denodadamente mostrar las bondades de sus políticas reflejadas en cifras y cuadros sin percatarse que eluden el eje central del asunto, cual es la posibilidad de elegir lo que cada uno prefiere sin lesionar igual derecho de terceros. La bonanza crematística viene como consecuencia de la libertad ya que se libera energía creativa y se respeta el fruto del trabajo ajeno en cuyo caso los incentivos operan para que todos en busca de sus propios mejoramientos deben servir a sus semejantes. En ese cuadro de situación, los niveles de actividad son por definición óptimos puesto que es lo que quiere la gente dadas las circunstancias por las que se atraviesa, lo cual no excluye que algunos prefieran abdicar de su condición humana y endosar el poder de decisión a tutores o curadores pero naturalmente no tienen la facultad de imponer semejante situación a las personas que mantienen autoestima y dignidad.

Nada se gana con disponer de cuantiosos recursos si no resulta posible decidir las características de los colegios a los que se envía a los hijos, el

sindicato al que se desea adherir, el arreglo contractual que se prefiera concretar, el activo financiero en el que se considera seguro realizar una transacción, la naturaleza del banco en que se confía el propio dinero, las operaciones que se quieran llevar a cabo con personas o empresas del exterior, los precios que se estimen adecuados en el comercio diario, los salarios que se pactarán, la propiedad privada de todos los medios de comunicación, la independencia absoluta de las empresas del poder político, la inexistencia de regulaciones a las actividades pacíficas y, en definitiva, el destino que se crea conveniente asignar a todo lo adquirido lícitamente sin que se interponga el Leviatán o sus socios declarados o encubiertos. En otros términos, si se quiere saber el grado de prosperidad moral y material de una comunidad lo primero es preguntarse si resulta posible realizar acciones como las apuntadas y no perder el tiempo con gráficos y series estadísticas que, por las razones apuntadas, no resultan relevantes.

Hay algunos autores que aparecen como partidarios de la sociedad abierta pero proponen medidas que en la práctica la destrazan. Tal es el caso, por ejemplo de Norberto Bobbio, Ronald Dworkin y John Rawls. Veamos estos casos. Los tres tienen en común una inconducente preocupación por el igualitarismo, a diferencia de lo proclamado por la Declaración de los Derechos del Hombre de la Revolución Francesa en cuanto a la reiterada insistencia en la igualdad de derechos, antes que esta idea fuera pervertida y degradada por los horripilantes desmanes de la contrarrevolución. En este mismo sentido es que Hayek sostiene en su obra sobre los fundamentos de la libertad que la igualdad de derechos es la única igualdad que tiene sentido en una sociedad libre y que otras concepciones igualitarias destruyen la libertad y, por su parte, Ludwig von Mises, en su tratado de economía, subraya con razón que la desigualdad de rentas y patrimonios constituye una condición esencial del mercado.

Es que las diferencias de ingresos las determinan los consumidores al comprar o abstenerse de hacerlo en sus operaciones diarias. La guillotina horizontal contradice esas indicaciones y asigna los siempre escasos factores productivos a campos distintos de los preferidos por la gente, con lo que se derrocha capital y consiguientemente se reducen salarios en términos reales puesto que la tasa de capitalización constituye el único factor que permite elevar ingresos. Fomentar la envidia y el resentimiento a los exitosos en el mercado abierto y competitivo perjudica

muy especialmente a los más necesitados. Distinto, claro está, el combatir muy justificadamente a los que obtienen rentas como consecuencia de privilegios y prebendas debido a la cópula con el poder de turno.

Bobbio, en su *Derecha e izquierda*, insiste en que algunas desigualdades patrimoniales «se pueden corregir e incluso eliminar» como la «desigualdad social que depende del nacimiento en una familia y no en otra, en una región del mundo y no en otra [que] es distinto de aquello que depende de las diferentes capacidades» (p. 143, Madrid, Taurus, 1995). Pero si bien no nos merecemos el haber nacido en un medio o en otro, tampoco es mérito nuestro la vida y no por eso se justifica que otros nos la quiten. En una sociedad abierta, en cada caso los progenitores de familias pudientes han trabajado para obtener o para mantener sus bienes lo cual fue realizado precisamente para trasmitirlos a las siguientes generaciones, de lo contrario hubieran procedido de otra manera. Si se nivelaran ingresos y patrimonios tampoco tendría sentido aceptar las desigualdades adquiridas por el propio esfuerzo ya que al final de sus vidas los titulares se verían privados de sus fortunas al bloquearse la posibilidad de heredar con lo que el correspondiente ahorro no tendría lugar, lo cual, a su vez, perjudicaría a terceros que no verían incrementar sus salarios debido a la consiguiente disminución en las tasas de capitalización. Por otra parte, resulta inconducente la pretendida distinción entre lo que es heredado gratuitamente y lo que se debe a la propia capacidad y esfuerzo ya que esta última, aunque forjada por el propio carácter, en cierta medida se debe a condiciones genéticas heredadas y a una educación inicialmente decidida por los padres.

En este terreno es más preciso y enfático Rawls quien es su *Teoría de la justicia* escribe que «Nadie merece una mayor capacidad natural ni tampoco un lugar inicial más favorable en la sociedad» (p.124, México, Fondo de Cultura Económica, 1971/1978) y antes había consignado que «las desigualdades inmerecidas requieren una compensación; y dado que las desigualdades de nacimiento y de dotes naturales son inmerecidas, habrán de ser compensadas» (p.123) en cuyo contexto enfatiza la diferencia entre los talentos naturales y los adquiridos centrandó su atención en los primeros al efecto de la compensación. Pero como ya hemos indicado, no resulta posible esta clasificación ya que los adquiridos dependen en gran medida de los naturales. En segundo término y siempre al efecto de las compensaciones, tampoco resulta posible establecer los talentos antes

de que el sujeto actuante se encuentre frente a la oportunidad concreta de revelarlos (y si se encuentra frente a la posibilidad de que los resultados de sus habilidades será expropiadas puede no manifestarlos). No hay tal cosa como un stock de talentos que pueden escrutarse a priori para redistribuirse ya que se trata de un proceso cambiante y dinámico que ni siquiera conoce ex ante el propio sujeto actuante. En tercer lugar, aún que pudieran conocerse y establecerse de antemano los talentos no pueden evaluarse ya que no caben las comparaciones intersubjetivas para concluir los pesos relativos de un carnicero con un violinista y así sucesivamente. Y si se sostuviera que las evaluaciones se tomarían de los resultados que se estiman en el mercado habría aquí un contradicción flagrante puesto que es el mercado que precisamente se combate por manifestar las respectivas productividades independientemente de la naturaleza de los talentos y los méritos son solo considerados en virtud del resultado y no de la cuantía de esfuerzos realizados. No puede tomarse un patrón de medida que se pretende tergiversar. Por último, como todas las personas son diferentes la propuesta compensación abre la posibilidad de que las distintas capacidades usen de modo también distinto la compensación con lo que se entraría en el galimatías de compensar la compensación y así sucesivamente.

En base a un esquema conceptual perteneciente al mismo tronco familiar, Ronald Dworkin mantiene que «aquellos que están dotados de menores talentos según lo juzga el mercado, tienen el derecho a alguna forma de distribución [redistribución puesto que la distribución ya la efectuó la gente en el mercado] en nombre de la justicia» (*A Matter of Principle*, Cambridge Mass., Harvard University Press, 1985, p.199) y continua diciendo que «Esto quiere decir que las asignaciones del mercado deben ser corregidas para ubicar las personas más cerca de su participación en la riqueza de lo que hubiera poseído si no hubieran tenido estas diferencias marcadas por ventajas iniciales, suerte y capacidades iniciales» (p. 207). Menuda tarea del planificador estatal. Además de las dificultades e inconvenientes señalados, no resulta posible operar en base a lo que hubiera ocurrido según la fantasía de los burócratas de turno pero que nunca tuvo lugar. Volver a distribuir por la fuerza del aparato estatal lo que ya distribuyó libre y voluntariamente la gente en el mercado, recanaliza factores de producción desde las preferencias de los consumidores hacia inclinaciones políticas con lo que nuevamente subrayamos que el

consecuente derroche afecta los ingresos y salarios en términos reales de todos pero muy especialmente los de los más necesitados ya que no dependen de la buena voluntad ni de deseos por más bien inspirados que sean sino del aprovechamiento del capital disponible.

Desde los trotskistas a los liberales, nadie en su sano juicio propone el hambre, la desesperación y las pestes para sus semejantes. Todos declaman la necesidad de apuntar al mayor progreso posible. El asunto vital radica en la elección de *los medios* idóneos para lograr el tan apetecido fin. Los marcos institucionales civilizados que garantizan y protegen los derechos de propiedad permiten maximizar el progreso de todos, mientras que el estatismo socializante derrumba la posibilidad de progreso al atacar las fuentes mismas de prosperidad. Es por esto que en *El Manifiesto Comunista* Marx y Engels concluyen que «pueden sin duda los comunistas resumir toda su teoría en esta sola expresión: abolición de la propiedad privada», tema sobre el que elaboro detenidamente en mi libro publicado en Chile (2010) por la Universidad del Desarrollo titulado *Jean Gustave Courcelle-Seneuil. Un adelantado en Chile. En torno a dos debates para el mundo de hoy*.

Si los recursos crecieran en los árboles y hubiera de todo para todos todo el tiempo no habría necesidad de asignar derechos de propiedad ni tendría sentido la economía ni los precios ni el mercado. En esa situación la expresión *derroche* carecería de significado. Pero dada la naturaleza de las cosas se hace necesario que la institución de la propiedad privada sirva de motor para canalizar los siempre cambiantes gustos de la gente con lo que los que acierten en esas preferencias obtengan ganancias y los que yerren incurran en quebrantos. De este modo, la distribución de la propiedad no resulta irrevocable sino cambiante según las respectivas eficiencias para atender las necesidades del prójimo y, como queda dicho, esa productividad permite mayores salarios e ingresos en términos reales.

En el liberalismo no hay popes ni filosofía cerrada. Para indicar eso mismo es que una de mis colecciones de trabajos anteriores editada por la Fundación Libertad de Rosario, en Argentina, la titulé *En ebullición*. Es un proceso de puntas abiertas que no tiene término. Los dogmas son por su naturaleza antiliberales. El liberal mantiene su posición mientras no sea refutado por visiones más fértiles y que protejan de un modo más efectivo las autonomías individuales lo cual constituye el aspecto medular

del paradigma liberal. No es que con esto se suscriba relativismo epistemológico de ningún tipo, muy por el contrario, es la manera de incorporar conocimientos más sólidos en medio de la ignorancia superlativa en la que nos debatimos. Por eso es que dentro de la rica tradición liberal hay tantos matices en un esfuerzo conjunto y mancomunado por despejar telarañas mentales. Solo para citar un ejemplo personal de cambio de postura: antes adhería a la prohibición de las drogas alucinógenas para usos no medicinales pero de un tiempo a esta parte —principalmente gracias a varios de mis alumnos que en clase me discutían el tema— me doy cuenta de lo devastador de esa política, lo cual puse de relieve en mi libro *La tragedia de la drogadicción. Una propuesta* (Buenos Aires, Ediciones Lumiere, 2006). Hoy tal vez la corriente de avanzada del liberalismo, tal como lo vienen explicando autores como Anthony de Jasay *et al*, radique en el estudio y las contra-argumentaciones de las posiciones convencionales respecto de los bienes públicos, los *free riders* y el dilema del prisionero y, en el contexto de la asimetría de la información, la selección adversa y el riesgo moral y, también, las oportunas clarificaciones respecto a las confusiones tejidas en torno a la llamada «tragedia de los anticomunes».

Las dos razones por la que se es liberal son el respeto irrestricto por los proyectos de vida de otros (dicho sea de paso, mi definición del liberalismo) y el desconocimiento palmario sobre las cambiantes preferencias y necesidades de otros (incluso de las nuestras ya que conjeturamos que obraremos de tal o cual manera mañana pero al cambiar las circunstancias modificamos nuestro curso de acción: con mucha mayor razón no podemos tener la petulancia de conocer las escalas valorativas de otros como para tener la arrogancia de administrarlas tal como hacen los megalómanos-planificadores de vidas y haciendas ajenas). Entonces, es natural que frente a la inmensa mayoría de las preguntas la respuesta sea el socrático *no se*. El uso de la fuerza solo se justifica cuando es de carácter defensivo, es decir cuando se han lesionado derechos de otros. Por el contrario, hoy día observamos a los gobernantes pontificar acerca de lo que deben hacer los gobernados (más bien súbditos), situación bastante ridícula por cierto en la que los mandamases del momento concentran ignorancia en lugar de permitir la coordinación de información, por su naturaleza siempre dispersa y fraccionada en el contexto de una sociedad libre.

Desafortunadamente en nuestro mundo de hoy, Estados Unidos, el otrora baluarte del mundo libre, está en franca decadencia lo cual nos obliga a redoblar los esfuerzos en pos de la libertad no sin las debidas esperanzas en que ese gran país revierta la actual tendencia tal como intento desarrollar en mi libro *Estados Unidos contra Estados Unidos* (México, Fondo de Cultura Económica, 2008).

Los liberales estamos en desventaja respecto a los socialistas por varios motivos. En primer lugar porque, como apuntaba Leonard Read, las ideas no están sujetas a la venta, no es lo mismo que tratar con hamburguesas o medias situaciones en las que el consumidor solo debe percatarse de las ventajas del producto y no necesita conocer todo el proceso productivo implícito en el bien para adquirirlo. En la trasmisión de ideas el asunto es de una naturaleza completamente distinta ya que al hacerlo el receptor no «consume» la idea por la conclusión que se le presenta sino que está obligado a recorrer el «proceso productivo» desde sus inicios al efecto de comprenderla. Esto demanda tiempo y esfuerzo, por ello los socialistas y demagogos llevan la delantera puesto que conciben su mensaje como la venta de desodorantes y se limitan a navegar sobre la superficie de las cosas inyectando frases hechas y slogans pletóricas en falacias y contradicciones que no exigen bucear en las profundidades de la idea y mucho menos considerar, como diría Bastiat, en lo que se ve y lo que no se ve.

En segundo término, los liberales está confrontados a un proceso mucho más difícil porque saben que el asunto no es el de compilar cuadros y series estadísticas puesto que saben que el tema radica en el andamiaje conceptual inherente a los datos. Como ha explicado Hayek, los hechos en ciencias naturales difieren radicalmente de «los hechos» en ciencias sociales puesto que en este caso no se trata de fenómenos físicos verificados en el laboratorio como los presentan los intervencionistas, sino de pura hermenéutica que conllevan razonamientos largos y densos.

Por último, para destacar los factores de mayor importancia, los socialistas presentan sus metas como extra-humanas con perfecciones y felicidades que son alcanzables con solo eliminar la propiedad privada y, simultáneamente, como una religión en la que hay que creer a rajatabla no importa la argumentación ni los horrores a ojos vista que genera el sistema tal como nos relata tan vívidamente Whittaker Chambers.

Es un lugar común y, por cierto, bastante vulgar que revela una estrechez mental superlativa, el uso de adjetivos denigratorios a los teóricos

porque se dice «hay que se práctico». Todo lo que no sea producto de la naturaleza es el resultado de trabajos teóricos, esto es, concebidos en la mente de alguien antes de que se pudiera llevar a la práctica. Internet, los zapatos, la televisión, el teléfono, los métodos de la agricultura, las aplicaciones en el área de la medicina, los sistemas políticos, la bicicleta, el arte culinario, el lápiz, los métodos de evaluación de proyectos, la arquitectura, los puentes, las carreteras, los anteojos, el espejo etc. etc. El práctico solo se encarama en lo concebido por el teórico y saca partida. De allí el aforismo de «nada hay más práctico que una buena teoría». Si la teoría no sirve se deshecha y si es útil se adopta, ya se sabe que es una perogrullada aquello de que «una cosa es la teoría y otra la práctica» ya que son dos planos diferentes pero esto de ninguna manera es para subestimar lo que hace posible la practicidad. Ciertamente puede uno proceder a los tumbos intentando prácticas sin ton ni son, pero en definitiva estos manotazos están también basados en teorías solo que improvisadas en el momento por el que se considera un práctico cabal. Es más efectivo y ahorra mucho tiempo el adentrarse primero en una buena teoría para luego aplicarla y no darse contra la pared de la realidad inútilmente.

Este mismo fenómeno tiene lugar en la política: se dice que no puede ejecutarse tal o cual medida porque «es políticamente imposible» lo cual significa que la gente no ha comprendido la teoría subyacente en la propuesta. La tarea del intelectual es precisamente la de correr el eje del debate y transmitir mejor el mensaje al efecto de convertir la propuesta en políticamente posible. Y como tendemos a ser más benévolos con nosotros mismos que con el prójimo, en lugar de quejarnos porque los demás no entienden tal o cual idea, es más fértil la autocrítica para mejorar la transmisión de lo que se sugiere debe adoptarse. Esto, entre otras cosas, calma los nervios y nos obliga a hacer mejor los deberes.

Es menester subrayar nuevamente que la rica y frondosa filosofía del liberalismo es mutuamente excluyente con la ideología, no en el sentido inocente del diccionario como conjunto de ideas y tampoco en el sentido marxista de «falsa conciencia de clase» sino como algo terminado, cerrado e inexpugnable lo cual es la antítesis del espíritu liberal que por su naturaleza está imbuido de la noción de la provisionalidad del conocimiento y de la posibilidad de refutaciones en un proceso que no tiene término. Por ello destaco, también otra vez (en realidad mis lectores saben que lo he repetido hasta la saturación), lo atractivo e ilustrativo que es

el lema de la Royal Society de Londres: *nullius in verba*, esto es, no hay palabras finales (tomado de un verso de Horacio), situación que alienta a redoblar esfuerzos en busca de conocimiento verdadero.

La arquitectura del presente libro está concebida como una obra de teatro (espero se entienda de no-ficción) por lo que abro el telón con estas palabras introductorias y, a los efectos didácticos, separo las partes de la colección que someto al lector con los respectivos *actos* en una secuencia que termina con el antes referido *post scriptum* (último acto). Es, desde luego, un teatro imaginario en el sentido de representación en vivo pero sin la ventaja de la relación directa con el espectador para calibrar su reacción y estado anímico. En esta obra teatral hay una comunicación deseada por no es visual y ni patente. Espero que los temas tan variados que aquí trato sirvan para una adecuada gimnasia para meditar y para generar jugosos y animados debates que a su vez produzcan otras «obras de teatro», mejores y más sesudas lo cual es otra forma de aludir al progreso puesto que no podemos permitir que el futuro sea simplemente otro nombre para el presente.

Finalmente quiero destacar una vez más el infinito agradecimiento que tengo con mi padre a quien admiro profundamente mucho más allá de la relación filial, no solo por su conducta ejemplar en todos los aspectos de su vida sino por haberme mostrado «otros lados de la biblioteca» que me permitieron descubrir falacias y contradicciones en los sistemas estatistas e intervencionistas. Como he dicho tantas veces, a juzgar por lo ocurrido con muchos de mis colegas de estudios en las dos carreras y dos doctorados que completé, yo hubiera sido socialista si no hubiera sido por ese gran amigo que tuve como padre que pacientemente me explicaba aspectos cruciales de la sociedad abierta en sus facetas éticas, filosóficas, económicas y jurídicas. Y como en lo espiritual somos nuestros pensamientos tal como reza la sentencia bíblica, y como las derivaciones del pensamiento liberal presentan innumerables aristas y avenidas, puedo decir que el forjó y estimuló una parte sustancial de mi ser. El fue quien me inculcó la imperiosa necesidad de despejar telarañas mentales y estar siempre abierto a nuevas y fértiles contribuciones. Muchas veces me han preguntado porqué añadido el «hijo» a continuación de mi nombre aún después de la muerte de mi padre. Se debe a tres razones: en primer lugar porque no quiero expropiar una marca ya que el escribió en gran escala sobre temas económico-sociales, en segundo término porque cada vez

que consigno mi nombre lo recuerdo y le rindo tributo y, por último, el me sugirió que procediera de esta manera.

También como he dicho en otras ocasiones, quiero dejar expresa constancia de la enorme e invaluable deuda de gratitud que tengo con mi mujer con quien llevamos cuarenta y seis años de matrimonio y tenemos tres extraordinarios hijos (y liberales hasta el tuétano) y siete admirables y queridísimos nietos. María me brinda un clima de insuperable tranquilidad, comprensión, bondad y cariño para que pueda abocarme a las tareas docentes dirigidas a mis estimadísimos alumnos y faenas de investigación que exigen ámbitos muy especiales que siempre se desenvuelven en soledad y, dada la situación imperante, en lo que se refiere a libros, ensayos y artículos, habitualmente contrastan con opiniones radicalmente distintas y hostiles a la preservación de las autonomías individuales. Pero María no se limita al acompañamiento sino que tiene una gran comprensión y compenetración de los valores y principios inherentes al espíritu liberal. Por último, su condición de decoradora de interiores me rodeó de un ambiente estético muy atractivo y, en una línea argumental equivalente, ha contribuido muchísimo a decorar mi propio interior.

Buenos Aires,
septiembre 14 de 2011



ALBERTO BENEGAS LYNCH (H) completó dos doctorados: es Doctor en Economía y también es Doctor en Ciencias de Dirección. Es Presidente de la Sección de Ciencias Económicas de la Academia Nacional de Ciencias y es miembro de la Academia Nacional de Ciencias Económicas, ambas en Argentina. Es autor de diecisiete libros y seis más en colaboración. Fue profesor titular por concurso en la Universidad de Buenos Aires y enseñó en cinco Facultades: Ciencias Económicas, Derecho, Ingeniería, Sociología y en el Departamento de Historia de la de Filosofía y Letras. Es profesor en la Maestría de Derecho y Economía de la UBA. Fue Director del Departamento de Doctorado de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional de La Plata y, durante 23 años, Rector de ESEADE donde es Profesor Emérito. Fue asesor económico de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, de la Cámara Argentina de Comercio, de la Sociedad Rural Argentina y del Consejo Interamericano de Comercio y Producción. En dos oportunidades integró el Consejo Directivo de la Mont Pelerin Society, es Académico Asociado del Cato Institute (Washington DC), es miembro del Consejo Consultivo del Institute of Economic Affairs (Londres), miembro del Instituto de Metodología de las Ciencias Sociales de la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas en Buenos Aires y recibió grados honoríficos de universidades de su país y del extranjero. Es presidente del Consejo Académico de la Fundación Libertad y Progreso en Argentina y presidente del Consejo Editorial de la filial argentina de Unión Editorial de Madrid.

UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 91 350 02 28 • Fax: 91 181 22 12
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-584-7



9 788472 095847